

Guerra y energía

Xavier Vives



La guerra en Ucrania ha aumentado las tensiones en los mercados de la energía, ha agravado el alza de precios y los ha hecho más volátiles. Los consumidores y productores se quejan del alto precio de gasóleo, gas y electricidad. Hay fábricas que paran y transportistas que han cortado carreteras. Los gobiernos intentan apaciguar los ánimos con subsidios y controles de precios.

La guerra ha decantado el triángulo de objetivos deseables, energía barata, verde y segura, hacia la seguridad del suministro. La provisión energética de Europa está en buena parte en manos de autocracias. Alemania depende en más del 50% del gas ruso y Europa, entre el 25% y el 30% del petróleo ruso. La agresión a Ucrania hace que la UE declare que quiere desconectarse energéticamente de Rusia para el 2030. El gasoducto Nord Stream 2 puede que nunca funcione. EE.UU. aumentará las exportaciones de gas licuado a Europa, pero eso no bastará. Se necesitará el gas de Qatar y más gas de Argelia, también el

gasoducto Midcat cruzando los Pirineos.

La geopolítica y la defensa pasan en este momento por delante de la economía. Esto tendrá consecuencias mixtas para la transición ecológica. A corto y medio plazo la energía nuclear tendrá que tener un papel (Francia e Inglaterra apuestan por ello) porque da independencia y no utiliza combustible fósil, incluso el carbón se reavivará, y el gas seguirá siendo imprescindible. Al mismo tiempo se acelerará la implementación de las energías renovables, ya que alinea los tres objetivos del triángulo deseado. La geopolítica hace imperativa la transición verde en Europa.

La mala noticia es que la dependencia de las

El subsidio al combustible hace que no se modere su consumo y eso va contra la transición verde

autocracias seguirá. Eso es así ya que buena parte de los *metales verdes* como litio, zinc, níquel o cobre, necesarios para las energías renovables y el coche eléctrico, están en manos de países como Rusia o China (que acapara también tierras raras cruciales para la alta tecnología). Además, la oferta de combustibles fósiles en la transición seguirá en manos de los países de la OPEP (la mayoría autocracias)

y de Rusia. De hecho, las políticas verdes que han desanimado la inversión en energías fósiles (gas incluido) han aumentado el poder de mercado de cárteles como la OPEP.

Rebajar los precios de los combustibles con subsidios no es una buena idea por dos razones. La primera es que al dar un subsidio hay que ver a quién acaba beneficiando. Con un subsidio en el gasóleo, por ejemplo, su precio baja y eso anima la demanda, que hace que los productores suban los precios. Es decir, solo un porcentaje del subsidio beneficia al consumidor, mientras que otra parte beneficia al productor (Rusia, por ejemplo). Es mejor un subsidio directo a la renta de los consumidores vulnerables. La segunda razón es que un subsidio en el combustible hace que no se modere el consumo y eso va en contra de los objetivos de la transición verde. Además, al eliminar la señal del encarecimiento del petróleo o del gas, que representa un empobrecimiento para un país no productor, no se incentiva el ahorro energético. En buena medida eso es lo que pasó con los shocks del petróleo en los años setenta. Los intentos de no repercutir el alza del petróleo en los costes y los controles de precios fallaron. La economía entró en un periodo de estancamiento, con estancamiento económico e inflación alimentada por una espiral precios-salarios. Aunque las circunstancias ahora no sean las mismas, es un precedente que no habría que olvidar. ●

X. VIVES, economista, profesor de IESE